

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA

Isabel Clemente

La disolución de la URSS y la reunificación de Alemania marcaron el comienzo de un período nuevo con el fin de la guerra fría. Ello no significó que la guerra hubiera desaparecido ni que algunas estructuras creadas durante la guerra fría se hubieran extinguido con ella pero el eje central del período que se inició en 1945, el conflicto Este Oeste y la confrontación ideológica entre capitalismo y comunismo fue superada por nuevas dinámicas de conflicto y cooperación.

El debate sobre el fin de los imperios

El período iniciado en 1991 dio lugar a una vasta producción desde la historia y desde las restantes ciencias sociales así como a reflexiones sobre el sentido de la historia. Francis Fukuyama, en un libro que se volvió el bestseller del momento, anunció el fin de la historia y esta obra suscitó de inmediato múltiples respuestas de los historiadores. El proclamado fin de las ideologías ocultaba la realidad de que era en sí mismo una ideología nueva con pretensiones de pensamiento único.

En otro sentido, también ese momento se caracterizó por reflexiones sobre el proceso de las relaciones internacionales y particularmente, un debate sobre el destino de los imperios. El factor detonante fue el libro de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict, from 1500 to 2000*. Retomando una tradición que había quedado abandonada tras la publicación del libro de Oswald Spengler, y la idea del cambio cíclico, varios autores se enfrascaron en una discusión sobre los factores de decadencia de los imperios y sobre escenarios futuros. Fundamentalmente, se concentraban en el posible desarrollo del único poder sobreviviente del orden bipolar de 1945, los EEUU. Muchos creyeron descubrir síntomas de próxima decadencia en varios signos de orden económico: tasas de productividad en baja, mediocridad del sistema educativo, pérdida de liderazgo en sectores de punta con respecto de otros países. Otros sintieron alarma por el desarrollo vertiginoso de Japón y anunciaron como un hecho inevitable la sustitución de una *pax americana* por una *pax nipponica*. El análisis histórico de Kennedy es clásico y realista: asocia poderío internacional en relación directa con la salud económica de un país y se fundamentaba en un razonamiento por analogía con la declinación del imperio británico, en particular su causalidad en la sobre-expansión imperial. Este autor encontraba que los EEUU estaban experimentando el mismo proceso que llevó al Reino Unido a perder su Imperio: un aumento impresionante en sus compromisos estratégicos en momentos en que su participación en la producción industrial del mundo estaba en constante reducción, un crecimiento del gasto militar simultáneo a un descenso en el porcentaje dedicado a la investigación. Este análisis se nutría de las obras de otros historiadores, en particular el grupo de Cambridge y de la obra del historiador alemán Ludwig Dehio, quien demostraba cómo los intentos de hegemonía en la historia europea habían sido siempre precarios a causa de la formación de coaliciones contra el hegemon de turno. Otros trabajos insistieron en la decadencia económica y tecnológica. En todos ellos, la referencia al potencial japonés era central.

De hecho el fin de la guerra fría vio pasar a los Estados Unidos de la posición de acreedor mundial a la de gran deudor, frente a un Japón que poseía una porción sustancial de los bonos emitidos por el Tesoro de EEUU. Pero los temores por un posible ascenso imperial de Japón se revelaron infundados y como muy graciosamente lo aclaró un primer ministro japonés, Japón no tenía interés en asumir la presidencia del mundo: al máximo, podría aspirar a la vicepresidencia.

El mejor exponente de la crítica a la literatura declinista fue Joseph Nye, en su obra *Bound To Lead*. Su argumento discute las afirmaciones básicas de la literatura declinista pues considera que fue el reequilibrio de la economía mundial, con la recuperación de Europa como centro económico al comienzo de los 70s, el hecho central: no fue que EEUU iniciara una era de decadencia sino que Europa recuperó su antiguo rol en la economía mundial. En cuanto al descenso de la producción industrial, según Nye, ello estuvo ligado a un proceso de reestructura y cambio tecnológico, con la descentralización territorial de los procesos productivos.

Periodización

Podemos distinguir dos fases separadas por un evento crucial: el ataque a EEUU el 11 de septiembre de 2001.

La multipolaridad económica que se afirmaba desde los ochenta, con el sistema trilateral (USA, UE, Japón) continuó desarrollándose en los 90 con el surgimiento de nuevos centros de poder identificados con Estados de tipo continental, China e India y varias potencias regionales, Brasil en Sudamérica, Sudáfrica en África. Esta multipolaridad económica coexistió con la unipolaridad militar de los EEUU.

Entre 1991 y 2001, el mundo vivió un ciclo de paz, alterado por algunos conflictos violentos localizados, la expansión del modelo de economía de mercado y de un nuevo credo que sostenía, al igual que los liberales del siglo XIX, que el libre comercio traería no sólo la prosperidad general sino la paz. Hacia el final del siglo, sin embargo, apareció con fuerza un pensamiento crítico sobre los resultados de las reformas neoliberales. El aumento de la pobreza y de la concentración de la riqueza, los nuevos fenómenos de la relocalización de las industrias y el consiguiente crecimiento del desempleo en muchos países, pasaron a ser tema de debates académicos y políticos. Nada describe mejor el nuevo estado de los espíritus en la época del cambio de milenio que el título del libro de Joseph Stiglitz, “Malestar en la Globalización.”

En las relaciones internacionales hubo un retorno a las clásicas políticas de equilibrio y de balanza de poder y un deterioro progresivo de la organización de Naciones Unidas, cuya reforma comenzó a ser reclamada con insistencia. La retirada soviética fue seguida de la reducción del gasto en armamentos. Algunos analistas aportaron nuevas visiones sobre el pasado de la guerra fría: Strobe Talbott, ex-asesor de la Casa Blanca en seguridad internacional, en un artículo publicado en la revista *Time* en enero de 1990, “Rethinking the Red Menace” terminó reivindicando a las palomas del tiempo de posguerra como Wallace: aquellos que nunca creyeron que la URSS era una amenaza.

A su vez, Mikhail Gorbachov en su discurso ante el Consejo de Europa en 1989 hizo un llamado para la creación de una Casa Común Europea y proclamó que la OTAN se había vuelto obsoleta.

Por otra parte, EEUU emergía como el único poder militar y no aceptaba el desmonte de la pieza central del orden surgido de 1945: la alianza atlántica. Por el contrario, sus expectativas eran las de impulsar una ampliación integrando a los países de Europa Oriental recién desprendidos del campo socialista con la extinción del Pacto de Varsovia. De esta manera, una estructura de la guerra fría sobrevivió al fin de ésta. El vacío estratégico que siguió al hundimiento de la URSS y la disolución del Pacto de Varsovia fue resuelto por los países de Europa Oriental con su solicitud de ingreso a la OTAN: Hungría y Checoslovaquia fueron las primeras en plantearlo seguidas después por Polonia y Bulgaria. Este proceso culmina en la cumbre de la OTAN en mayo de 2004, con la asociación de Rusia a la alianza atlántica ampliada con la incorporación de las repúblicas del antiguo campo socialista.

Dos tendencias opuestas modificaron la configuración del sistema internacional:

1. La creación y crecimiento de nuevos bloques supranacionales: la UE continuó su expansión hasta su última incorporación en 2004 que elevó a 25 el número de Estados miembros. La APEC creada en 1993, congrega a los países de la región económica más dinámica del mundo. En el continente americano, NAFTA y MERCOSUR representan hitos en la creación de grupos sub-regionales característicos de la década de los 90. En concordancia con estos procesos, se incrementó el papel de las empresas transnacionales.

2. En sentido contrario a esta tendencia, se registró la fragmentación de antiguos estados multiétnicos y pluriculturales en microunidades étnicas: en los casos de la URSS y Yugoslavia, 20 naciones nuevas surgieron de esa fragmentación. La etnia se volvió también categoría articuladora del conflicto en el continente africano donde la lucha contra fronteras artificiales fortaleció el poder militar y dio origen a luchas de violencia extrema.

En tercer lugar, algunos países de tipo continental experimentaron un vertiginoso crecimiento económico y se proyectaron como potencias de carácter global.

A estas tres condicionantes de alcance general hay que agregar una cuarta, la religión como fuerza movilizadora de la historia en un contexto signado por intereses estratégicos: el Oriente Medio. En esta región, el Islam militante y radical desplazó las antiguas corrientes secularizadoras que se habían manifestado en el panarabismo y en partidos políticos como el Baath.

Estudiaremos estas tendencias a través de dos grandes casos que corresponden a dos países que examinamos durante la clase dedicada al Tercer Mundo:

1. Yugoslavia, donde la fragmentación sobre bases étnicas se combinó con el nuevo papel de la religión en el enfrentamiento entre musulmanes y cristianos ortodoxos.
2. India, potencia económica y militar situada entre el mundo árabe y el Asia Pacífica.

Yugoeslavia

Yugoeslavia, un país que se componía de territorios que habían pertenecido en el pasado al Imperio Austro-Húngaro y al Imperio Otomano, había logrado la independencia bajo forma monárquica en el período de entreguerras. De esos orígenes data la compleja composición étnica y religiosa del país, con unas poblaciones de origen eslavo y otras descendientes de los otomanos de religión musulmana. Después de 1945, bajo el gobierno del mariscal Tito, Yugoslavia logró construir una unidad con un sistema federal que integraba pueblos de diverso origen étnico: serbios, croatas, eslovenos, bosnios, albaneses. Desde el punto de vista religioso, musulmanes y cristianos ortodoxos conformaban las confesiones mayores. La tendencia a la ruptura de la unidad y la construcción de entidades políticas con base étnica se manifestó primero en forma localizada pero luego se generalizó a todo el país produciendo una profunda fragmentación que ha culminado este año con la independencia de Montenegro.

Este proceso se inició en 1981 en Kosovo, territorio que para los serbios tiene casi el carácter de una ciudad santa aún cuando los albaneses representan el 80% de la población. Allí una revuelta de jóvenes kosovares albaneses que aspiraban al reconocimiento de una nueva república fue reprimida pero fue la primera señal de una larga y violenta confrontación. Desde la llegada de Slobodan Milosevic al poder en 1987, los cuestionamientos al estatuto de la provincia de Kosovo y los movimientos de resistencia etno-religiosos de comunidades musulmanas se enfrentaban con el proyecto del gobierno serbio de reagrupar bajo su dominio los restos de la antigua Yugoslavia. En los territorios de Bosnia-Herzegovina y Macedonia, los movimientos separatistas buscaron definir en consultas populares su aspiración a la independencia pero la violencia comenzó a escalar.

La muerte de Tito marcó el comienzo de la disolución de Yugoslavia. La guerra de 1990-1991 dio lugar a la intervención de EEUU, Francia y el Reino Unido. El proyecto de creación de una Federación con presidencia rotativa no funcionó y las distintas unidades que integraron la antigua Yugoslavia fueron ganando la independencia. En 1991, Eslovenia fue la primera en cumplir su secesión en mayo, seguida luego por Croacia. Ambas fueron rápidamente reconocidas, por Alemania primero y por la Unión Europea después. Eslovenia aspiraba a ingresar a la UE y a la OTAN. Es la república más homogénea en términos étnicos: un 90% de su población es eslovena. En Croacia, el nacionalismo ha tomado por objetivo la recuperación de los territorios poblados por croatas en Bosnia Herzegovina y a la vez, aplastar la resistencia de los serbios que habitan su propio territorio. De estos objetivos resultó una alianza croato-musulmana que tuvo gran participación en los acontecimientos de las guerras de Bosnia y Kosovo. A fines de 2005, Croacia inició negociaciones para ingresar en la UE.

Bosnia-Herzegovina, el territorio donde se inició la primera guerra mundial, es un complejo mosaico etno-religioso. El resurgimiento del nacionalismo serbio-bosnio puso en jaque el frágil equilibrio entre las minorías que componían esa población. El Plan Vance-Owen tenía por objeto la creación en Bosnia de cantones relativamente homogéneos pero fue inútil para impedir el conflicto. Los intentos por definir territorios sobre bases étnicas desencadenaron finalmente la guerra de 1992-1995, entre Serbia, los serbo-bosnios, los croatas y los bosnios musulmanes. La política de “limpieza étnica” practicada por Serbia

tuvo por víctimas principales a los albaneses musulmanes. El ataque sobre Sarajevo y la masacre de Srebrenica, un enclave musulmán en la zona serbia de Bosnia, fueron los hechos más impactantes pero la limpieza étnica también fue practicada en Croacia esta vez con los serbios como víctimas.

En 1995, una negociación conducida por los Estados Unidos, culminó en los acuerdos firmados en la base militar de Dayton, con la aquiescencia muy poco entusiasta de los tres líderes del momento, Milosevic, Franco Tudjam por los croatas y Alija Izetbegovic presidente de Bosnia-Herzegovina. En ellos quedó sancionada la subdivisión étnica de Bosnia Herzegovina, con zonas controladas por serbios, croatas y musulmanes. Se elaboró una nueva constitución y en la definición de fronteras, Kosovo quedó dentro del territorio de Serbia. Los acuerdos preveían además una presidencia colegiada del país, el regreso de los refugiados y la entrega de los criminales de guerra. Casi ninguna de estas provisiones fue implementada.

La fragilidad de los acuerdos de Dayton quedó de manifiesto poco tiempo después cuando en Kosovo surgió un ejército de liberación nacional abiertamente enfrentado al gobierno serbio. Una nueva ronda de negociaciones condujo a las conversaciones en el Palacio de Rambouillet, en París, entre 1998-1999. El fracaso de estas negociaciones dio paso a la guerra con la intervención de la OTAN en marzo de 1999. La derrota de Serbia fue seguida más tarde por el arresto y juicio de su presidente, fallecido en marzo de 2006.

Naciones Unidas emitió la resolución 1244 por la cual Kosovo quedaría como un protectorado bajo la administración temporal de esa organización aunque formalmente dentro de Yugoslavia y luego de la disolución de ésta, dentro de Serbia, un estatuto que deberá ser revisado en el presente año 2006.

Los resultados de la guerra para esta región han sido una destrucción sin precedentes de ciudades y pueblos, un desempleo del 50% en Bosnia y Herzegovina y un millón de personas desplazadas como resultado de los conflictos étnicos en Bosnia, Kosovo y Croacia. Los organismos internacionales destinaron una importante asistencia para la reconstrucción pero ésta no ha avanzado lo suficiente.

India

Otro de los fundadores del Tercer Mundo y el Movimiento No Alineados, India, es también un país multicultural pero los conflictos entre comunidades religiosas y minorías culturales nunca llegaron a amenazar la unidad política nacional y en la última década el crecimiento económico espectacular de India, ha proyectado a este país como un nuevo polo de la economía global.

El modelo de desarrollo por sustitución de importaciones que estuvo vigente desde 1947 hasta comienzos de los 90 se basaba en la planificación centralizada y favorecía la industria en un mercado interno protegido. Este modelo comenzó a mostrar señales de agotamiento cuando el índice de productividad comenzó a descender en comparación con otros países. Por otra parte, India empezó a encontrar dificultades en la inserción económica

internacional. Sus exportaciones se redujeron sustancialmente y este problema limitó sus posibilidades de importación. La crisis de los precios del petróleo en 1973 tuvo un impacto muy duro en India, dadas las condiciones ya señaladas. Por consiguiente, India, al igual que otros países del Tercer Mundo tuvo que acudir al endeudamiento externo a la vez que caían sus reservas internacionales. En ese contexto, India debió aceptar un programa de ajuste estructural del FMI que exigía la apertura de la economía. Hasta aquí, una historia muy parecida a la de los países de América Latina.

El nuevo modelo económico se consolidó a partir de los 90 con una corriente de inversión extranjera directa. Muchas transnacionales abrieron filiales en India y una parte de la inversión se canalizó hacia la compra de acciones en empresas indias en todos los sectores. La informática, las industrias textil, automotriz y del medicamento se cuentan entre los sectores más dinámicos en un país que tiene en la agricultura un potencial enorme, con cultivos de clima templado (cereales, frutas) de clima medio (arroz, té, café) y de clima cálido. A la vez, la pequeña industria manufacturera y el artesanado tradicional conviven con las grandes concentraciones financieras.

Las exportaciones de servicios de informática de India a las empresas han desplazado a las de China en los últimos 10 años. India genera hoy 1/5 de las exportaciones de software de todo el mundo. Al mismo tiempo, multinacionales de origen indio han comenzado a instalarse en Occidente, al tiempo que las comunidades de inmigrantes indios en Europa y Estados Unidos consolidan la presencia de su país en el mundo, todo un cuadro que dista mucho de aquél que este país mostraba en 1955 cuando convocó la conferencia de Bandung.

Este cambio en la historia económica se acompaña de una historia de tensiones fronterizas, en particular con Pakistán al Oeste, con el principado de Cachemira, incorporado a India durante la independencia, y con China en la frontera con Nepal. En estos conflictos, los choques culturales han jugado un papel determinante: musulmanes, hindúes y budistas unen a sus reivindicaciones de autonomía la lucha política involucrando a otros actores políticos en la región.

El 23 de junio de 2003, China e India firmaron una serie de acuerdos de cooperación dando por terminada la competencia que las había enfrentado en el pasado. Ambas potencias asiáticas reconocieron los ajustes en la frontera realizados por India en el Sikkim (anexado por Nueva Delhi en 1975) y por China en el Tibet. Por otra parte, India ha seguido una política nuclear independiente y se negó a firmar el Tratado de No Proliferación. Las pruebas nucleares de 1998 le valieron la aplicación de sanciones diplomáticas y tecnológicas por parte de Estados Unidos, pero en la visita de Bush en marzo de 2006 esas sanciones fueron levantadas en el marco de los nuevos acuerdos.

Después de Septiembre 11

El período posterior al 11 de septiembre de 2001 estuvo caracterizado por la reversión de varias de las tendencias anotadas anteriormente: la “guerra infinita” surgió como la respuesta a un problema nuevo, nunca visto antes: la vulnerabilidad de los EEUU, un hecho

que desmentía las profecías del primer presidente quien en su discurso de despedida había sostenido que EEUU estaba protegido en forma natural de la agresión externa.

El rearme (que en realidad había comenzado en 1999) se aceleró y adoptó proporciones inusitadas a partir del ataque terrorista. Nuevas formas de armamento adquirieron una importancia nunca vista antes: las armas químicas y bacteriológica con su potencial de destrucción masivo acrecentaron el clima de terror entre la población civil. El unilateralismo más rampante se impuso sobre el multilateralismo y Naciones Unidas fue una víctima adicional del proceso que se desencadenó desde 2001. Hubo un retorno del discurso moralista con invocaciones a la lucha del Bien contra el Mal y unos países pasaron a integrar un supuesto Eje del Mal.

El combate a un enemigo de base multinacional se encaró con la más clásica concepción de la guerra, el enfrentamiento contra un Estado nacional. Así, la lucha contra la red Al Qaeda, de base transnacional, se orientó en la guerra contra Afganistán en 2001, con el resultado del rápido derrocamiento del régimen talibán que allí gobernaba pero sin resolver el problema de origen, la desarticulación de la red terrorista que ha seguido operando.

El régimen talibán, una fracción islámica ultra integrista impuso su control sobre todo el país en 1998, como resultado de los desarrollos políticos posteriores a la guerra contra la ocupación soviética en Afganistán. A partir de entonces se asentó en ese país un régimen autoritario y de exclusión de las mujeres y de toda forma de diferencia. Su negativa a entregar a Osama Bin Laden fue el origen de la guerra declarada por los Estados Unidos. La ofensiva principal se concentró en el asedio de Tora Bora, supuesto baluarte de la resistencia de Al Qaeda. A la destrucción provocada por los bombardeos le siguió un intenso movimiento de poblaciones que huían de los desastres de la guerra y buscaban refugio.

La derrota del régimen talibán trajo el regreso del estado de cosas anterior, dominado por la intervención de facciones dirigidas por “señores de la guerra”. El poder talibán no se ha extinguido totalmente y subsiste en el sur y en el oriente del país. La estabilidad del régimen político encabezado por el presidente Hamid Karzai depende básicamente del orden que imponen las tropas internacionales que mantienen presencia desde la guerra. Afganistán es hoy un país con importancia estratégica, por su posición geopolítica y por el carácter de zona de tránsito de exportaciones petroleras

La segunda guerra ilustra aún mejor las tendencias del período: la guerra de Irak. La escena del conflicto se trasladó al Medio Oriente, donde ya desde 1996 prueban los documentos que se planeaba una modificación de los equilibrios geopolíticos. Un documento de esa fecha señalaba que el punto de partida para el logro de ese objetivo era el derrocamiento del régimen de Saddam Hussein. El discurso del Estado de la Unión a comienzos de 2002 trajo la novedad del anuncio de un Eje del Mal formado por Irak, Irán y Corea del Norte.

Irak aparecía especialmente señalado por su política de fabricación de armas de destrucción masiva. Aunque desde muchos espacios se formularon dudas sobre esta acusación y las pruebas de existencia de este armamento nunca aparecieron, los preparativos de guerra se

desarrollaron a lo largo de 2002. El plan inicial requería legitimación por parte de Naciones Unidas pero en el momento decisivo de la sesión del Consejo de Seguridad no se reunieron los votos necesarios para un proyecto de resolución y un miembro permanente, Francia, anunció que interpondría el veto. De esta manera, se impuso un plan alternativo con la conformación de una coalición de “voluntarios”, una figura nueva en las relaciones internacionales. Un papel importante fue asignado a algunos países árabes con larga relación con Occidente, entre los cuales se destaca Arabia Saudita. En otros países árabes la protesta contra la postura de Estados Unidos se hizo sentir fuertemente así como en las ciudades europeas con grandes comunidades musulmanas.

A pesar de la protesta mundial, con manifestaciones multitudinarias en todos los países, incluyendo los de los aliados en la guerra, los líderes de la coalición, EEUU, Gran Bretaña y España, siguieron adelante con su plan y el ataque sobre Bagdad se inició en marzo de 2003. Un capítulo especial dentro de las inmensas destrucciones provocadas por esta guerra lo constituyen el saqueo del Museo de Bagdad donde se perdieron para siempre muchos de los testimonios más antiguos de la escritura y las matemáticas de la civilización sumeria y los daños causados en las ruinas de Babilonia, convertida en centro de acantonamiento de tropas. Este encuentro brutal de la historia reciente con la más antigua ha sido uno de los resultados visibles de la guerra de Irak.

El derrumbe del régimen de Saddam Hussein fue rápido y fácil pero en cambio la posguerra resultó una pesadilla para los vencedores. Muy poco después de finalizadas las hostilidades comenzó la organización de una resistencia multiforme que obedece a distintas orientaciones: miembros del antiguo partido de gobierno Baath, fieles de la corriente Sunnita que había prosperado a la sombra del poder, minorías étnicas y religiosas. La población civil es la víctima principal de un fuego cruzado entre tropas de ocupación, insurgentes de todos los matices, bandas armadas y delincuencia común.

Mientras la reconstrucción prometida no llega y regiones enteras del país carecen todavía de servicios básicos, la reorganización institucional avanzó lentamente hacia la constitución de un Estado con equilibrio entre tres unidades principales: kurdos, sunnitas y shiítas. Los primeros tienen una base regional, al norte del país, y los segundos se encuentran en todo el territorio pero tienden a aglutinarse los primeros en el Nor-occidente y los segundos en el Sur y en el Este. La nueva Constitución aprobada en 2005 organiza Irak como un estado federal, con amplias autonomías regionales.

Con lazos históricos muy estrechos con el shiismo iraní, los shiítas iraquíes ganaron ampliamente las elecciones y dirigen, en medio de dificultades y contradicciones, el proceso político de su país, mientras los países ocupantes consideran alguna estrategia de salida. Los gobiernos involucrados en la decisión de guerra han debido enfrentar la crítica interna de los actores políticos, organizaciones de la sociedad civil, y de los intelectuales. Para cerrar esta clase, nada mejor que leer un pasaje del último libro de Fukuyama, el autor con quien iniciábamos el tema de hoy. Corresponde a su último libro titulado sugestivamente, *After the Neocons. America at the Crossroads*.

El ensayista que había proclamado el fin de las ideologías ahora reclama el retorno del Wilsonianismo¹ y dice entre, otras cosas, que la historia difícilmente juzgará en forma positiva a quienes tomaron la decisión de guerra contra Irak.

¹ “Wilsonianismo “ se refiere al pensamiento del presidente Woodrow Wilson sobre relaciones internacionales, tal como fue expuesto en su famoso documento de los 14 puntos y en su defensa del multilateralismo con la creación de la Sociedad de Naciones, tras la guerra de 1914-1918.